

LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



ALLA NAZIMOVA

Año II :: Núm. 102
: 15 de Abril de 1920 :

Precio: 50 centavos



¿Casarse o no casarse?

A Celeste Imperio.

¿Me pregunta usted, mi distinguida amiga, si no será mejor renunciar al matrimonio, ya que este esclaviza a la mujer y ya que el amor, por causa de la vida en común, está condenado a morir muy pronto entre los esposos?

Ante todo, mi estimada amiga, comenzaré por aconsejarle que por nada del mundo se quede solterona. Aunque el matrimonio fuera todavía mucho peor de lo que es, le convendría casarse. Las solteras son una calamidad, y, aquí para entre nosotros, casi me atrevería a asegurarle que no hay en el mundo una sola que sea medianamente pasable. Una mujer, para ser propiamente mujer, debe ser madre. La que no lo es, cobra antipatía a todo y a todos: se pone insoportable y antisocial. No, por nada de este mundo, amiga mía, se quede solterona.

Pero, me dirá usted ¿voy a esclavizarme, y lo que es peor, voy a casarme para que, apenas casada, muera mi amor?

Sí, aunque deba usted quedar esclavizada y aunque esté segura de que verá morir su amor con la luna de miel. Ya se lo digo: ante todo, y cueste lo que cueste, la mujer debe ser madre, pues sólo así alcanza su verdadero desarrollo físico, intelectual y moral. La que no es madre, no ha vivido, ni es buena, ni sabe lo que es la ternura, ni la generosidad, ni conoce el placer del sacrificio ni las elevadas dulzuras de la renuncia.

Pero discutamos un poco. ¿Está usted segura de que será esclavizada? ¿Está usted segura de que su amor y el de su marido habrán de morir apenas se casen? Le diré que todo esto es según y conforme, y que precisamente para evitar esos grandes inconvenientes, es que yo las vengo a ustedes aconsejando y abriéndoles los ojos desde hace mucho tiempo. Las que hayan seguido de cerca esta especie de Curso Amoroso que yo les vengo dando por escrito, y gratuitamente, desde los primeros números de LA SEMANA CINEMATOGRAFICA, difícil es que al casarse se vean tan esclavizadas como

nuestras madres o nuestras abuelas, que se casaron en un tiempo en que no había Scouts y sin haber hecho, como ustedes, los estudios preparatorios propios del caso. Del mismo modo, si han meditado bien lo que les he explicado sobre la naturaleza del amor, su delicadeza y las causas que lo hacen morir tan prematuramente en el matrimonio, difícil será que ustedes, al fundar su hogar, no sepan conducirse de modo que al travieso Cupido le salgan canas y se le caigan las muelas de viejo de tanto vivir con ustedes.

La esclavitud matrimonial. Esto es lo más difícil de evitar. Pero, al mismo tiempo, esto es lo que a ustedes menos les importa, porque están acostumbradas a la esclavitud y porque las han criado y educado para ser esclavas. Digo que esto es lo más difícil de evitar en el matrimonio y especialmente en nuestros matrimonios de Chile. Mientras la mujer viva a costa del marido y no pueda sostenerse por sí misma, será esclava. Y esta es una cuestión sin vuelta. Lo de la independencia económica, las viviendas separadas y la vida propia y libre, de que les ha hablado algunas veces este su amigo Scout, son bellas cosas que sólo podrán existir en una sociedad mucho más adelantada que la nuestra. Entre tanto, ustedes deben contentarse con una cierta dosis de esa libertad, que pueden conseguir merced al respeto que inspiren ustedes mismas con su cultura, su dignidad personal y su elevación moral.

Pero, dejemos a un lado este punto y hablemos mejor de aquel que a ustedes más puede interesarles: del de la duración del amor en el matrimonio.

Varias lectoras han creído entender que yo he sostenido o sostengo que el amor está condenado a desaparecer forzosamente después de los primeros días de matrimonio. No es ese mi pensamiento. He hecho ver lo frágil que es el amor y he sostenido que el matrimonio, por causa de la vida en común y del dominio del hombre sobre la mujer, es el peor enemigo del amor. Aun he entrado en detalles y he hecho ver que la prosa de la vida en común mata rápidamente el amor. Pero todo esto lo he hecho con el solo objeto de indicarles a ustedes indirectamente los medios de hacer que el amor dure en el matrimonio todo el tiempo que debe durar.

¿No han visto ustedes «Un consejo a las mujeres?» Es una preciosa película, una de las más hermosas que se hayan exhibido jamás en nuestros cines. Pues bien, en esta película, Cecil de Mille, su autor, que es todo un gran hombre, no hace otra cosa que presentarles a las mujeres los cuadros de la vida del matrimonio, en los que la prosa y la fealdad de ciertos detalles de la vida, matan a grandes golpes el amor. Y esto lo ha hecho De Mille para que las mujeres aprendan que no deben descuidarse delante del marido si quieren que este las siga amando largo tiempo; para que vean que el andar despeinadas y mal vestidas en su hogar, causa repugnancia al marido; para que comprendan que no impunemente pueden pasarse echadas sobre un sofá como vacas lecheras, engordando, ni limpiarse los dientes o lavarse los pies delante del amado, sin que este sienta que matan en su corazón toda la poesía del amor. Pues, amigas mías, esto mismo es lo que yo también he pretendido; que ustedes se penetren bien de que ciertas cosas que a ustedes pueden parecerles sin importancia, como tomar agua, comer, bostezar, y muchas otras que he señalado hasta el cansancio, son feas y prosaicas y, por lo tanto, enemigas del amor. Yo también he pretendido, como De Mille, que ustedes deduzcan de todo eso que, para hacer durar el amor, hay que ser muy pulcras en su modo de vivir, tal como son cuando novias. Para eso, he recomendado los gabinetes de toilette, los biombos, etc., etc. ¿Me comprenden ahora?

Me dirá talvez alguna lectora que es muy fastidioso eso de preocuparse de tanta cosa para hacerse amar. Nó. Como lo dice Magge, casi todo eso es cuestión de una fina educación. A esa fina educación, basta agregar un poquito de cuidado: el cuidado de una persona consciente de las cosas, que sabe apreciar lo que vale el no despoetizarse delante de su marido. No es necesario, como han creído entender algunas lectoras, vivir llenas de fingimientos y dobleces. Nada de eso: eso también es enemigo del amor. Lo que se necesita es discreción, tacto, cuidado; inteligencia, y nada más.

Mi amiga Celeste Imperio: me he extendido talvez demasiado hablando de estas cosas; pero he querido aprovechar la ocasión de explicar bien claro mi pensamiento, para que no lleguen Uds. a conclusiones equivocadas.

El amor puede durar largos años en el matrimonio. Casos conozco, y uno de ellos muy de cerca, en que diez años han pasado como diez días, sin que el amor haya sufrido otro enfriamiento que el producido por la mayor edad que los esposos llevan sobre los hombros. Los viera usted por la calle, en el teatro, en su casa, los tomaría por recién casados: tan exquisito es su trato, tanto el respeto y consideración que se guardan, tantas las atenciones que se prodigan, tanto el cuidado que cada uno de ellos tiene de no presentarse despoetizado ante el otro.

Y teniendo esto delante de mis ojos ¿habré de poner en duda que el amor puede durar entre los esposos? Nó, no lo dudo; jamás lo he dudado. He tenido en cuenta, eso sí, que en la mayoría de los casos el amor muere antes de tiempo, por culpa de los cónyuges, y conociendo, como conozco, cuáles son las causas de ese desastre, las he señalado, una y mil veces, para que ustedes las eviten.

No resuelva, pues, mi estimada amiga, condenarse a una triste e infecunda soltería. Eso no está bien, ni es bueno para usted, ni para mí, ni para la humanidad. Cácese usted, casémonos, ya que eso es indispensable, y contentémonos, mientras llegan las grandes reformas futuras, con poner de nuestra parte, personalmente, todo aquello que pueda contribuir a hacer del matrimonio y del trato entre los esposos, algo muy superior a lo que han conocido nuestros antepasados.

No es buena política renunciar a una cosa necesaria porque no se puede tener todo lo perfecta que se desea. Hay que tomarla tal cual es, sobre todo si se trata de algo tan indispensable como el matrimonio, eso sí que tratando de acercarlo en lo posible al ideal.

Búsqese un novio fino, bien educado, de noble corazón, ilustrado, inteligente, distinguido, discreto, y sea usted también así, y yo le aseguro que si uno y otro se leen cada día alguno de estos articulitos de LA SEMANA CINEMATOGRAFICA que su amigo Scout escribe para tener la dicha de conversar con ustedes, su unión parecerá cosa de los cuentos de hadas y ustedes darán envidia, aun después de veinte años de casados, hasta a los pichones y a las tórtolas que se arrullan dulcemente, a la hora de la siesta, en el fondo de los espesos matorrales del bosque solitario.

Scout.